

LUIS ANTEQUERA

*Historia desconocida del
descubrimiento de América*

*En busca de la nueva
ruta de la seda*

SEKOTIA

© Luis Antequera, 2021
© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2021

Primera edición: octubre de 2021

EDITORIAL SEKOTIA
WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ
COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA
MAQUETACIÓN: R. JOAQUÍN JIMÉNEZ R.

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18757-87-7
Depósito legal: CO-850-2021

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

Quiero dedicar este libro a mi paciente esposa, Mariate.
Pocas veces, como en mi caso, se puede decir que sin su apoyo de todo tipo este libro no habría visto la luz. Ni éste ni ninguno de los que he publicado hasta la fecha.

Pero me gustaría dedicárselo también a todos mis compatriotas. Es impresionante, se hace imposible de creer, el desconocimiento que los españoles propiciamos a nuestra historia, y lo que es casi peor, el deformado y empequeñecido enfoque que le deparamos, algo que es más aún grave cuando se tiene una historia como la que tenemos. Una historia que me atrevo a calificar, sin sonrojo ni temor alguno a equivocarme, como la más interesante, fascinante, divertida, épica, provechosa y grandiosa que haya escrito jamás nación alguna.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO 1. LA LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA	17
1. Leyenda Negra y Descubrimiento de América.....	19
2. La anomalía de la Leyenda Negra Española	23
2.1. El escaso <i>patriotismo</i> español.....	25
2.2. La ignorancia de la historia	26
2.3. El cainismo y la envidia españolas.....	27
2.4. La decadencia	29
3. Protuberancias de la Leyenda Negra Española.....	30
3.1. El papa Alejandro VI	30
3.2. María I de Inglaterra	34
4. Consecuencias de la aceptación por los españoles de su leyenda Negra.....	38
5. Autores extranjeros contra la Leyenda Negra.....	39
CAPÍTULO 2. LA ESFERICIDAD DE LA TIERRA.....	45
1. La esfericidad de la tierra en los autores clásicos.....	47
2. La esfericidad de la tierra en los autores cristianos.....	49
3. La esfericidad de la tierra en los círculos orientales	50
4. La esfericidad de la tierra en el Antiguo Testamento	51
5. Origen de la leyenda de la creencia en la tierra plana.....	54

CAPÍTULO 3. EL PREDESCUBRIMIENTO.....	59
1. La Conquista de Constantinopla (1453)	60
2. El final de la Reconquista (1492).....	61
2.1. La Reconquista como forja de la Conquista española del mundo	64
3. El Tratado de Alcaçovas-Toledo (1479).....	66
4. La ruta portuguesa (1488-1498).....	68
5. Una ruta española alternativa (1497-1535).....	70
CAPÍTULO 4. COLÓN ENTRA EN ESCENA	71
1. Un misterio llamado Colón	72
2. La lengua de Colón	77
3. Los restos de Colón	82
4. De héroe a villano.....	85
CAPÍTULO 5. EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA	89
1. La Junta de Salamanca-Córdoba (1486-1487).....	93
2. Colón y los Pinzones acometen el viaje descubridor	99
2.1. Descubrimiento de los confines del Atlántico	99
2.2. Descubrimiento de América (12 de octubre de 1492).....	101
2.3. El mar Caribe y los caníbales	104
3. El tornaviaje atlántico (1493).....	106
4. El reparto del mundo con Portugal: de las bulas papales a Tordesillas.....	108
CAPÍTULO 6. ¿ES CORRECTO HABLAR DE «DESCUBRIMIENTO» DE AMÉRICA?	111
1. El debate políticamente correcto.....	111
2. El Descubrimiento, realizado por los indígenas	113
3. «Descubrimiento» o «encuentro»	114
4. Descubrimiento, no invención.....	116
5. El «eurocentrismo» del término «Descubrimiento».....	117
6. El verdadero descubrimiento no es español	119

6.1. ¿Es Erikson el único?	119
6.2. ¿Es lo que hizo Erikson un descubrimiento?	120
7. ¿Tiene lugar el «Descubrimiento» verdaderamente en 1492?	121
8. Verdadero alcance geográfico del Descubrimiento	122
9. Verdadera dimensión ontológica del Descubrimiento.....	122
10. Conclusión.....	124
CAPÍTULO 7. AMÉRICA NO ES ASIA.....	125
1. El mapa de Juan de la Cosa (1500).....	125
2. El <i>Novus Mundus</i> (1504)	127
3. La Junta de Navegantes de Toro (1505) y de Burgos (1508)	128
4. ¿Supo Colón en algún momento que había descubierto América?	129
5. El <i>Universalis Cosmographia</i> (1507).. O por qué América se llama América ..	133
6. La confirmación inapelable. Núñez de Balboa descubre el Pacífico (1513) .	136
CAPÍTULO 8. LA CONQUISTA DE AMÉRICA	139
1. Colón y luego Ojeda descubren el continente en Venezuela (1499)	139
2. Vicente Yáñez Pinzón descubre Brasil (1500)	142
3. Juan Ponce de León descubre Norteamérica (1513)	145
4. Hernán Cortés conquista Méjico (1519)	149
5. Francisco Pizarro conquista Perú (1532).....	152
6. Almagro y Valdivia conquistan Chile (1535-1541).	155
6.1. Inés de Suárez, la conquistadora de América.....	155
7. Pedro de Mendoza funda Buenos Aires (1536)	157
CAPÍTULO 9. LA CONQUISTA DEL PACÍFICO	161
1. Díaz de Solís descubre el Río de la Plata (1516)	162
2. Segundo descubrimiento del Pacífico. La expedición Magallanes-Elcano (1520-1522)	164
2.1. Fernando de Magallanes	168
2.2. Juan Sebastián Elcano	170

2.3. ¿Fue la expedición Magallanes Elcano una operación hispanoportuguesa?	173
3. La Segunda Vuelta al mundo.....	175
3.1. El Mar de Hoces, el Paso de Drake y el cabo de Hornos	177
4. La Junta de Zaragoza (1529).....	178
5. La conquista de Filipinas (1521-1565).....	179
5.1. La llegada de Magallanes (1521).....	180
5.2. La definitiva conquista de Filipinas.....	181
5.3. El santo niño de Cebú (1521)	182
6. El tornaviaje (1564).....	184
 CAPÍTULO 10. EL LAGO ESPAÑOL	189
1. San Francisco Javier, «conquistador» del Japón (1549)	191
1. 1. La Embajada Keicho ante Felipe III (1613).....	192
2. Isabel Barreto, la mujer almirante (1595).....	195
3. Gabriel de Castilla, descubridor de la Antártida (1603)	196
4. Pedro Fernández de Quirós, ¿descubridor de Australia? (1606).....	197
5. El paso del Norte.....	200
6. El porqué de que la conquista española busque el sur y no el norte.....	203
 CAPÍTULO 11. EPÍLOGO	207
1. El descubrimiento.....	208
2. La evangelización	208
3. El mestizaje.....	209
4. Una lengua franca para el continente.....	210
5. La vertebración del territorio.....	211
6. La fundación de ciudades.....	212
7. Colegios y universidades	213
8. Hospitales	214
9. Mutuo intercambio de productos y conocimientos	215
10. La Pax Hispana.....	217

INTRODUCCIÓN

No es descubrir nada afirmar que 1492 es un año crucial en la Historia de España. Como si de un encantamiento se tratara, todo ocurre en ese año: se produce la expulsión de los judíos, quien sabe si un acierto o un error, pero se produce; se publica la primera gramática de una lengua moderna, que no es otra que la lengua castellana, según la denominó su autor, Antonio de Nebrija, en su introducción; se pone fin a toda una Reconquista que había llevado casi ocho siglos completar, en uno de los procesos más difíciles y perseverantes que la Historia conoce; y se producen, en el mismo año, dos grandes descubrimientos, no uno, dos: el de los confines del Atlántico, nunca navegados antes, y el de todo un continente, el americano. Un tercer descubrimiento no menos importante se alcanzará muy poco después, en los primeros meses de 1493, el del tornaviaje por el Atlántico.

Se trata de un año tan crucial que, de hecho, es el que generalmente se marca como el de inicio de la Edad Moderna, una Edad Moderna que viene caracterizada por los grandes descubrimientos geográficos que permiten al mundo, al planeta Tierra, a sus habitantes, tomar conciencia de sí mismo. Y esos descubrimientos tienen dos grandes protagonistas, dos naciones

emergentes que comparten una misma península en el *finisterre* del más pequeño de los continentes del planeta, Europa, con una historia, si no común, si muy similar, casi paralela, con una raza común, con una lengua muy parecida y con un sentido de la vida idéntico, impregnado de un cristianismo fuertemente acrisolado por su prolongadísimo y cercanísimo contacto con el islam.

Ni que decir tiene que hablamos de España y Portugal.

Siendo verdad que el protagonismo corresponde a los dos países y a sus habitantes y dirigentes, si hubiera que repartirlo en sus justas proporciones, no menos de un 75% correspondería a una de esas dos naciones y no a la otra, nación que no es otra que España.

El protagonismo de España durante toda la Edad Moderna, a la que acostumbra a ponerse final en 1789 con la Revolución Francesa, es absoluto y total, con una preponderancia completa al principio del período, y algo más decreciente al final, pero sin abandonar en ningún momento la situación preponderante.

La preponderancia es tan abrumadora que, como es normal en todo proceso de convivencia humana —y no existe convivencia humana más grande que la que realizamos a diario todos los seres humanos en el globo terráqueo—, surgen inmediatamente los intentos de «minimizar», de «aminorar», de «relativizar», de «menoscabar», la labor realizada por el que actúa de manera preponderante.

Nace así la famosa Leyenda Negra Española, entre las más importantes de las «escritas» a lo largo de la historia, solo igualada, quizás, por la que tiene por protagonista a la Iglesia, ni siquiera por la que hoy día afecta a los *yankees*, que se defienten de ella con uñas y dientes. Y dentro de ella, o quizás mejor expresado, «en paralelo» a ella, un proceso encaminado a «deslucir» los logros alcanzados, el cual se vale de muchos instrumentos, pero, sobre todo, del de la «adecuada» denominación de las cosas, su «nominalización», que constituye, a la postre, el primer instrumento de su presentación al público.

Así, toda la labor descubridora de España se reduce a un simple «Descubrimiento de América», y ello mientras simultáneamente se abre un nuevo agujero en la muralla cuestionando incluso que se trate de un descubrimiento, labor en la que tantos y tantos se emplean denodadamente.

Pero es que la labor de España en esos siglos de la Edad Moderna no se limita al «Descubrimiento de América», va muchísimo más allá.

Por lo que hace a la palabra «descubrimiento», es un proceso que, aunque primeramente geográfico, incluye mucho más; incluye todo un trabajo de investigación histórica, antropológica, científica, artística y un vasto intercambio de conocimientos en todos los sentidos, los cuales afectan incluso a algo tan primario como lo es la alimentación humana, la cual va a sufrir, gracias a los descubrimientos españoles, un auténtico cataclismo.

Y por lo que hace a «América», también lo trasciende... y mucho. Pues España, sus navegantes, sus exploradores, sus conquistadores (que también fueron necesarios, aunque hoy forman parte de la nómina de términos inmencionables), no solo descubre América, descubre mucho más que América: descubre buena parte del Atlántico, inexplorado en sus cuatro quintas partes; descubre todo el Pacífico; descubre, «construye», las rutas que hacen posible la navegación de uno y otro y el traslado y el transporte dentro de ellos, en una dirección y en la contraria, porque en la mar, por el contrario de lo que ocurre en tierra firme, los caminos de ida no son los de vuelta. Algo que, con tanta naturalidad, con tanta afición, olvidan, olvidamos, los seres humanos, los historiadores, incluso lo más perjudicados por el olvido, los propios españoles... que digo «olvidan», «ignoran» más bien, quién sabe si premeditadamente, porque solo se olvida lo que alguna vez se supo, y aquí, lo que acabo de decir, ni siquiera se enunció nunca.

La contextualización, el emplazamiento, de este hermoso proyecto descubridor en la Historia del ser humano es algo que

se puede hacer desde muchos enfoques posibles. A mí personalmente me gusta uno, que es el de la recuperación y agrandamiento de una de las rutas más importantes existentes en la Tierra, la Ruta de la Seda, la que casi desde los tiempos romanos, pero con gran intensidad desde la Edad Media, y más concretamente la Baja Edad Media, hacía posible el intercambio de productos entre pueblos que ni siquiera se conocían, como si hoy fuera posible traer y llevar productos a un Venus cuyos habitantes ni nos imaginamos cómo son ni cómo viven.

Una Ruta de la Seda que, de manera drástica, de manera algo más que repentina, súbita, quedó cerrada cuando un 29 de mayo de 1453, con la toma de una ciudad tan importante como Constantinopla, una nueva civilización, la otomana, se enseñoreó de un cruce de caminos fundamental y lo cerró, si no para siempre, sí para un largo período de tiempo.

Es necesario reconstruir la Ruta, es necesario restablecer las relaciones con esos pueblos cuyos productos tanto bienestar traían y producían. Y a esa labor se ponen esas dos naciones emergentes de las que hemos hablado más arriba, repartiéndose, como veremos, la labor, de una manera pacífica y tremendamente organizada, lo que, sin duda, junto a tantos otros factores, constituirá una de las claves de su inmenso éxito.

Una labor que no es otra que esa: la creación de «la Nueva Ruta de la Seda».

CAPÍTULO 1

LA LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA

Mucho se habla de la Leyenda Negra española últimamente, y desde luego se trata de un tema estrechísimamente relacionado con el que va a ocupar a esta obra, pues es en el Descubrimiento de América, en el del Pacífico, en el de cuatro quintas partes del Atlántico, en el dominio de toda una mitad del globo terráqueo ejercido por España, y en cuanto vino con todo ello aparejado, de lo que trae causa, sin duda alguna, la Leyenda Negra en cuestión.

Haré, sin embargo, una afirmación nueva y hasta, para algunos, escandalosa: que España tenga una leyenda negra como la que tiene no es algo que deba escandalizar a nadie —y menos que nadie a los españoles—, que, por nuestra excelsa historia, merecemos una Leyenda Negra como la más grande. De hecho, como la que tenemos.

Una leyenda negra como la española es lo menos que cabe esperar de un país que fue, indiscutiblemente, y con enorme preponderancia, la primera potencia mundial durante más de dos siglos. Para que nos hagamos una idea cabal del asunto, Estados Unidos apenas lleva tres cuartos de siglo, y nos puede parecer mucho... Pues el triple.

Doscientos años, y aún otro cuarto de siglo, que son los que van desde el 1492 hasta el 1714, es decir, entre la conquista de Granada y descubrimiento de América, por un lado, y el final de la Guerra de Sucesión entre las casas Habsburgo y Borbón, por otro. Con un particular y apabullante predominio entre 1521, el descubrimiento y conquista de Méjico y del Pacífico, y 1648, el desfavorable desenlace de la Guerra de los Treinta Años. Y, por cierto, algo que se olvida a menudo, no solo en los campos militar y político, sino también en el artístico y en el científico. Y que después de ese 1714, siguió siendo una potencia de primer orden, entre las dos o tres más importantes del planeta, hasta 1812, en que, con la Francesada, comienza la definitiva decadencia española de la que ya solo se saldrá de manera episódica y breve, con una terrible y enfermiza tendencia a recaer en la decadencia y el pesimismo. Uno de cuyos rasgos será, precisamente, el inicio del proceso que conduce a los españoles a aceptar pacientemente, cuando no de manera entusiástica, su propia leyenda negra.

Un poderío que, por cierto, no había tenido nadie antes, ni tendrá nadie después, pues si territorialmente hablando sí hubo imperios que alcanzaron la extensión del español, (el de los Grandes Canes, el de Tamerlán, el británico), en términos de durabilidad hay que remontarse, para encontrar algo parecido, al Imperio Romano, cuya extensión territorial, sin embargo, fue infinitamente menor que la del Español: grosso modo, veinte millones de kilómetros cuadrados el Imperio Hispano, cinco millones de kilómetros cuadrados el Romano. El caso ruso representa tema aparte, con el dominio sobre un territorio que es inhóspito en un 70% de su extensión.

1. LEYENDA NEGRA Y DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Como decimos, si un aspecto, si un hecho, alimenta la Leyenda Negra Española es el que está relacionado con el descubrimiento, colonización y evangelización de América.

Uno de los argumentos más frecuentemente esgrimidos por los pseudo historiadores y politiquetes, particularmente hispanoamericanos, pero no solo, sobre la evangelización y colonización que de los territorios y sus pobladores americanos hicieron colonos hispanos y colonos anglosajones, es el del distinto grado de formación, de organización, de productividad y de desarrollo que unos y otros dejaron en los territorios sobre los que gobernaron, para concluir, ni que decir tiene, que mientras los anglosajones se dedicaron a crear estructuras e infraestructuras que hicieron posible el ascenso de los Estados Unidos a la condición de primer potencia mundial, los españoles solo explotaron a los pobladores y devastaron sus territorios, dejando pobreza, incultura y desolación.

El argumento no se sostiene en sí mismo, y contiene múltiples errores y mentiras que solo son posibles si partimos de la historiografía propagandística fomentada por los historiadores anglosajones y pronorteamericanos, bien acompañada por la historiografía autodestructiva y falsificadora practicada por historiadores y políticos no por españoles, menos antiespañoles: un arte, el de *enmerdar* la propia historia, que en pocos países se cultiva como en el nuestro.

Lo primero que se ha de decir al respecto es que tanto la colonización inglesa en los Estados Unidos, como la española en todo América (también, curiosamente, en buena parte de los territorios norteamericanos, pues hasta dos tercios de estos fueron, en algún momento de su historia, españoles) terminaron hace ya... ¡¡¡más de dos siglos!!! Por lo que intentar sustentar en dichas colonizaciones la situación actual solo suena a

«excusa de mal pagador», carente de todo espíritu de autocrítica y de toda lógica y coherencia histórica.

Los que con semejantes argumentos intentan justificar la nula capacidad de su país para conseguir el desarrollo que corresponde al buen hacer económico y al esfuerzo, al trabajo y al sacrificio, deberían mirar el ejemplo alemán, un país que en el año 1945, hace apenas setenta años, no es que estuviera destrozado, es que había vuelto a la edad de piedra, nunca mejor dicho, pues eso y solo eso, piedras, es lo que podía verse en sus ciudades, después de la terrorífica destrucción a la que fueron sometidas las urbes por los vencedores aliados, nunca suficientemente explicada ni bien justificada.

Sin llegar a semejante grado de devastación, procesos parecidos de destrucción ocurrieron también en Japón, Austria o Italia, países los tres que, derrotados en la Segunda Guerra Mundial, en menos de setenta años, como ya se ha dicho, han vuelto a encaramarse —gracias a su buen hacer económico y a su trabajo—, al escogido grupo de las grandes potencias económicas del mundo, en las que la pobreza está prácticamente destruida y la renta per cápita se halla entre las más altas del planeta.

Sin necesidad de situarnos en un estadio tan catastrófico como aquél del que parten los países que perdieron la Segunda Guerra Mundial, sino en otro mucho menos trágico, podrían fijarse los que semejantes argumentos sostienen en el grado de riqueza alcanzado por países tan alejados de los polos centrales de desarrollo como Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong o Singapur, tradicionalmente conocidos como los «dragones del Pacífico», que se han autodesarrollado en menos de cincuenta años, o la misma China, que lleva décadas de crecimiento a ritmos que superan los dos dígitos porcentuales y se convertirá en pocos años en la principal potencia económica del mundo. O incluso la que tienen por su potencia opresora, que en 1939 se hallaba literalmente devastada, tras sufrir tres años de desoladora guerra civil, y solo cuarenta años después era la octava potencia industrial del mundo.

Sin desdeñar para nada el guante que arrojan cuantos sostienen que la colonización anglosajona fue más gentil con el territorio y con la población que la española, lo segundo que se ha de decir es que para cuando en 1776 termina la colonización norteamericana llevada a cabo por colonos ingleses, en Estados Unidos existen nueve universidades, en las que, por cierto, no entra un solo indio, no solo por una cuestión pura y esencialmente racista (recordemos que las primeras leyes antirracistas no se implementan en los Estados Unidos... ¡¡¡hasta 1964!!! en que se aprueba la Ley de Derechos Civiles), sino por otra aún más importante a la que me referiré en las siguientes líneas. Mientras que, en la parte española del territorio americano, las universidades son casi treinta, y lo que es aún más importante a los efectos que nos ocupan, frecuentadas por los propios indios.

Y lo tercero que se ha de decir, y lo más importante también, es que mientras la política española en América fue la de la formación, colonización y asimilación del elemento indígena con el elemento colonizador, la política de los colonos anglosajones no sólo no fue esa, —lo que ya habría sido suficientemente grave—, sino que bien al contrario... ¡¡¡fue la del más puro y sistemático exterminio para poder acomodar el territorio a las apetencias y apetitos de sus nuevos pobladores!!! ¿Es eso lo que echan de menos los que hablan de la superioridad organizativa y económica de los estados procedentes de la colonización anglosajona frente a la colonización hispana?

Todo ello, en un proceso que, aunque nunca se ha descrito así, de acuerdo con los principios de la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de 1948 y el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional de 1998 podría ser definido, sin sonrojarse, como de auténtico genocidio: el genocidio indígena norteamericano.

Buena prueba de lo cual es que, hoy en día, en los países en los que se produjo una colonización hispana se dé en torno a un 10% de poblaciones puras, ora blanca, ora indígena, mien-

tras que hasta un 70% de la población es mestiza; en tanto que, en los Estados Unidos de Norteamérica, el porcentaje de indios puros no alcanza ni siquiera el 1% (0,8% según algunas fuentes), y el mestizaje sea, demográficamente hablando, insignificante.

Es más, es que por si lo dicho no fuera suficiente, acontece que esos indios que luego serán exterminados por los neocolonizadores norteamericanos habían convivido previamente, y en términos muy amigables, con los primeros colonizadores europeos que tuvieron ocasión de conocer, que no son otros que, precisamente, los españoles, pues como se ha dicho ya, hasta dos tercios del territorio hoy estadounidense fue en algún momento de su historia español y colonizado por España.

A los efectos, ¿se ha parado nadie a pensar por qué los indios del famoso oeste norteamericano a los que los colonos anglosajones combaten y finalmente exterminan, tenían caballos, y, por cierto, los manejaban tan bien, si no porque ya habían sido enseñados en tales artes por los misioneros españoles? ¿Acaso se conoce que los indios que los colonos anglosajones norteamericanos se encuentran en su camino hacia el oeste en base a la doctrina intitulada «del Destino Manifiesto» por la que se «autoautorizan» a colonizar todo el territorio norteamericano desde el Atlántico hasta el Pacífico, hablaban muchos de ellos español y eran católicos? Tal y no otro era el caso, concretamente, del indio más famoso de la historia norteamericana, Goyaalé («el que bosteza» en lengua mescalero-chiricahua), más conocido como Jerónimo (nombre católico, por cierto).

Dicho todo lo cual, harían bien los numerosos políticos, historiadores y pseudointelectuales hispanoamericanos y no hispanoamericanos que se afanan en justificar el retraso económico y sociológico de esos países en argumentos históricos tan poco sólidos, tan interesados y tan autocomplacientes como los que utilizan, en practicar un poquito más de autocrítica y en preguntarse cómo es posible que en más dos siglos ya de independencia y de regir sus propios destinos, el continente a duras

penas haya sido capaz de producir regímenes corruptos y, lo que es casi peor (si cabe), sistemas económicos de nula productividad económica y de gran injusticia social.

Como harían bien en dejar de atribuir esos errores a ningún tipo de colonización demasiado antigua ya como para que opere algún tipo de influencia, pero menos aún a la colonización española en detrimento de la norteamericana, cuando si alguna colonización ha sufrido esos países hispanoamericanos en estos dos siglos de «independencia»... ¡¡¡no ha sido otra que, precisamente, la norteamericana!!!

2. LA ANOMALÍA DE LA LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA

En definitiva, nada alarmante en el hecho de que semejante poderío como el español de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII genere una leyenda negra llena de mentiras, medias verdades, calumnias, conclusiones torticeras y propaganda. Desde este punto de vista, casi diría que lo alarmante habría sido no tenerla. También tienen su leyenda negra otros imperios que en el mundo han sido, empezando por el que hoy representa los Estados Unidos de Norteamérica, conocida de todos, a pesar de lo mucho y bien que se defienden los yankees.

Lo verdaderamente novedoso y anómalo de la Leyenda Negra Española es el afán, la afición, la fruición, el verdadero apego, adhesión, entusiasmo con el que la han acogido y siguen acogiendo tantos y tantos españoles, muchos más de lo que sería normal en cualquier otro país que hubiera dispuesto de un poderío semejante, y particularmente, de sus políticos y autoridades. Tanto en el nivel que corresponde a los profesionales del tema, historiadores y divulgadores, como, lo que es aún más singular, en el que corresponde a los propios españoles «de a pie», a muchos de los cuales se les pone «la boca

gorda» haciéndose baratamente los intelectuales sobre la base de ignorar y denostar todos y cada uno de los logros históricos que llevan apellido español (muchos más de los que nadie pueda imaginar, incluso en campos que ni sospechamos), cuestionándolos, o hasta atribuyéndolos a otros.

¿Qué decir de ese comportamiento absolutamente espurio, incoherente y anacrónico que es denominar «latino» a lo que es, y no puede ser otra cosa, sino hispano? Mal está que lo hagan así los demás, porque tiene una correspondencia histórica absolutamente falseada... pero ¿que lo hagamos los españoles?

Según narra el historiador español Fernando García de Cortázar, en un curso de verano en la Universidad de El Escorial, durante el relato que el historiador británico Henry Kamen hacía sobre el reinado de Felipe II, y ante las críticas que ese relato suscitó entre los estudiantes españoles ávidos de «leyenda negra», tuvo que defenderse con las siguientes palabras:

«¡Es inaudito! ¡Los únicos en todo el mundo que se creen ya la Leyenda Negra a pies juntillas son ustedes, los universitarios españoles!».

Siempre me he preguntado por qué eso es así, qué es eso que nos hace a los españoles definitivamente diferentes para sentirnos mejor en la autoindiferencia, en el autodesprecio, en el autocastigo cruel, inmisericorde y hasta abiertamente injusto e incoherente con la realidad, antes que, como sería lo natural, en la defensa de lo nuestro y de nuestras realizaciones (nuestras y de nuestros padres), ninguna de las cuales, por cierto, baladí, y algunas, en campos que ni podemos imaginarnos.

Y me ha parecido que al menos cuatro podrían ser los rasgos de nuestro carácter colectivo, ninguno de ellas positivo o constructivo, que nos llevarían a semejante comportamiento: el primero de ellos, el escaso patriotismo español; el segundo,

la excesiva ignorancia de la historia existente en España, en primer lugar de la historia universal, y en segundo, y aún más grave, de la propia; el tercero, el cainismo y la envidia españoles; y el cuarto, el sentimiento de decadencia al que nos ha llevado, precisamente, la pérdida de la condición prioritaria que hemos tenido durante tanto tiempo en la confección de la historia mundial.

A cada uno de ellos vamos a dedicar unas líneas.

2.1. EL ESCASO *PATRIOTISMO* ESPAÑOL

La primera pues, el escasísimo afecto por la patria que, por más que «algunos» lo puedan ver, de manera diferente, como un síntoma de autoafirmación personal o hasta de intelectualidad, no adorna nunca a una persona.

Según un informe recientemente presentado por la Universidad de Gotemburgo, que elabora el que llama Índice Europeo de Calidad de Gobierno, en el que plantea cuestiones tan interesantes como la presente, en once de las diecisiete comunidades españolas, el amor a la región se halla por encima del amor a la nación. En País Vasco, en Galicia, en Cataluña, en Navarra, en Canarias, en Asturias, en Baleares, en Aragón, en Andalucía, en La Rioja y en Cantabria, sus vecinos aman más a su región, se sienten más identificados con ella, que con su nación, con España en definitiva. Solo en Madrid, las dos Castillas, Extremadura, Valencia y Murcia, la tendencia se invierte (y en alguna de ellas, por desgracia, eso va a dejar de ser así muy pronto).

En toda Europa y según el mismo informe, el sentimiento regional se halla por encima del nacional en solo dos países, España y Bélgica.

Y eso que, también para nuestra desgracia, también para nuestro demérito, se trata de dos casos completamente diferentes, pues mientras Bélgica es un refrito nacional compuesto

de dos poblaciones completamente diferentes, una flamenco parlante (vale decir germano parlante) y otra franco parlante, con historia común nula que remonta como mucho a 1714, artificialmente creada sin ninguna base histórica al solo objeto de servir de tapón a dos de las grandes potencias europeas, Francia y Alemania, en la que apenas ha habido tiempo de crear una identidad nacional; la otra, España, es una de las realidades mejor identificadas de Europa (paradójicamente mejor reconocida hoy por los no españoles que por los propios españoles) con una historia común antiquísima, una idiosincrasia excesivamente peculiar (por más que muchos españoles se avergüencen de ella) y una identidad muy pero que muy marcada.

2.2. LA IGNORANCIA DE LA HISTORIA

Lo segundo —y en realidad peor todavía (si cabe)— una ignorancia supina, insuperable, grave, de la historia, y particularmente de «nuestra» historia. Pues lo cierto es que la afición de «esos españoles» a la Leyenda Negra nunca está bien documentada, parte de ideas no solo falsas, sino excesivamente simples, poco elaboradas, carentes de todo rigor y análisis, casi infantiles, aunque a muchos españoles, en su infinita ceguera, cortedad de miras y sobre todo, como ya se ha dicho, ignorancia, les parezcan profundísimas y elegantes, y hasta les pueda servir para auto otorgarse una «respetabilidad» que en realidad no tienen, porque la respetabilidad no admite atajos tan groseros como el que representa la Leyenda Negra Española.

La historia de España es, probablemente, y no lo digo por patriotismo, sino como amante y estudioso de la historia universal, la más bonita de todas las historias nacionales, con episodios de una grandeza inimaginable, «la que todos querrían tener» por decirlo con una frase sonora y provocadora.

No amarla, no admirarla, y en su lugar despreciarla, denigrarla en el modo en el que lo hacemos, no solo no nos adorna a los españoles, sino que habla muy mal de nosotros.

2.3. EL CAINISMO Y LA ENVIDIA ESPAÑOLAS

Muy probablemente en ese carácter tendente a la envidia que tenemos los españoles hay que encontrar la raíz del poco interés que suscita entre nosotros nuestra historia, bella, antigua y heroica como la que más, cuando no el celo que gastamos en desfigurarla para desmerecerla y denigrarla.

«Es un hecho curioso que los españoles no hayan sido, en términos generales, muy buenos biógrafos ni excepcionales cronistas de sus glorias históricas», se lamenta el escritor español, a pesar de su apellido alemán, Mauricio Wiesenthal (1943).

Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar (1567-1626), embajador de España en Inglaterra entre 1613 y 1622, conocido como el «Maquiavelo español», amigo personal de Jacobo I de Inglaterra, atribuye tan escaso interés a «la envidia que opuestamente los españoles se tienen, pareciéndole a cada uno que se quita a sí propio lo que en alabanza y mérito de su amigo confiesa».

Semejante desafecto hacia nuestra historia no es sino el escaso amor que sienten los españoles hacia los éxitos de sus compatriotas. Bien nos lo explica Fernández de la Mora en su obra *La envidia igualitaria*:

«Los españoles han hecho objeto predilecto de su ingratitud en vida y aún después de su muerte a la exigua lista de sus gobernantes fecundos: Fernando el Católico, Cisneros o Carlos V, por citar algún ejemplo clásico. En cambio, a los demagogos o cultivadores de algún sentimiento ruin, ciertos sectores han logrado convertirlos en mitos; es el caso de Riego, que consumó la pérdida del Imperio».

En el imaginario español siempre hay un hueco para la expulsión de los judíos de España y sus cifras parece que crecieran, crecieran y crecieran cada año... ¿pero se ha preguntado alguien

cuántos fueron los españoles víctimas de las leyes de expulsión que surgieron por doquier en la América española cuando irrumpen las nuevas repúblicas que sustituyen a los virreinos?

En el imaginario español siempre hay un hueco para la expulsión de los moriscos en el año 1613... ¿pero se ha preguntado alguien cuántos fueron los mozárabes que tuvieron que abandonar el sur de España cuando entran en ella las hordas árabe-bereberes de Tarik y se instaura el emirato y luego califato de Córdoba?

Es decir, que los españoles, en el imaginario español, son «los malos» cuando expulsan, pero cuando son expulsados no pasan a ser «los buenos», sino que siguen siendo «los malos».

En el imaginario español siempre hay un hueco para fustigarse por las víctimas que produjo la llamada Inquisición española durante sus más de tres siglos de historia, mil quinientos según los estudios más autorizados (todos ellos previo juicio y tras largos procesos, por cierto)... Pongamos que incluso fueran el doble, tres mil, por cierto, en un tribunal que tuvo una jurisdicción mundial, presente en Europa, Asia y América, la más grande probablemente que haya tenido jamás un tribunal, y durante un período que superó ampliamente los tres siglos de permanencia. Pero ¿las ha comparado alguien con los que se producen en Francia, también por motivos de religión, en una sola noche, la de San Bartolomé, el 23 de agosto de 1572, tres mil solamente en París y de diez a veinte mil en el resto de Francia; o con las más de cien mil de la Revolución Francesa solo con motivo de la Vendée; o con los 150 000 campesinos víctimas de la revolución protestante luterana en Alemania; o con los 264 000 condenados a muerte en Inglaterra en tres siglos?

En el imaginario español siempre hay un hueco para fustigarse por la colonización hispanoamericana y para ensalzar la colonización angloamericana... ¿pero se ha preguntado alguien por qué en Hispanoamérica hay hoy, como decíamos poco más arriba, un 10% de indios puros y un 70% de mestizos,

mientras que en Norteamérica los indios puros no alcanzan el 0,8% y el mestizaje no existe?

La consecuencia de tanta deconstrucción y de tanta iconoclastia que, aplicada al caso que nos ocupa, podríamos llamar «historioclastia», son los resultados que arroja una encuesta del *Pew Research* norteamericano, el instituto demoscópico más importante del mundo, realizada entre 2015 y 2017, la cual demuestra que los españoles son los ciudadanos ¡de toda Europa! (cuarenta y nueve países) que menos orgullosos se sienten de su historia y de su cultura, con una preocupante calificación de 20/100, cuando el siguiente país que le sigue en la lista es uno tan, por otro lado, inesperado, como la chauvinista Francia, que puntuaba 38/100, es decir, casi el doble. El Reino Unido puntuaba 46/100, Alemania, la Alemania aniquilada tras la penosa derrota sufrida en la Segunda Guerra Mundial, puntuaba un 45, tan parecido al de sus compañeros de derrota Italia y Austria, los dos con un idéntico 47. Nuestro vecino Portugal, con una historia tan similar a la nuestra, otro 47. Y ya en la parte alta de la tabla, Rusia con un 69, Armenia con un 84, o Georgia, el gran campeón de la encuesta, con un 85. ¿Se puede entender?

2.4. LA DECADENCIA

Sí, la propia decadencia como causa de que germine con tanta efectividad en los españoles ese afecto por una leyenda que nos hace daño. De un modo parecido a como un enfermo de cualquier enfermedad tiende a sufrirla peor cuando ya tiene otras. En pocas palabras, la enfermedad de la aceptación de la leyenda negra porque se padece, además, y de manera grave, la enfermedad de la decadencia.

Este fenómeno no es privativo de España, y se puede reconocer en otros países que han tenido un momento histórico de grandeza. Así ocurre, por ejemplo, en Austria, que, de ser el gran imperio descendiente del Sacro Imperio Romano

Germánico, cuyo emperador ostentaba el título más grande que podía ostentar un monarca terrestre, ha pasado a ser hoy día una pequeña republiquitita de 83 000 kilómetros cuadrados, que algunos no diferencian muy bien de su vecina Alemania. No así, sin embargo, en otros, igualmente decadentes respecto de lo que fueron, de lo que es buen ejemplo nuestra vecina Francia, que, de hecho, aporta la palabra con la que todos identificamos el orgullo desmedido por las cosas de la patria, el chauvinismo.

3. PROTUBERANCIAS DE LA LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA

El poderío de la Leyenda Negra española es tan grande que llega a alcanzar a personajes ajenos a la propia historia de España, es más, a personajes que forman parte de la historia de aquellas naciones en las que se ha forjado la Leyenda Negra Española, personajes a los que me gusta llamar «protuberancias» de la Leyenda Negra Española.

Son muchos los que se podrían citar, pero dos se me antojan quizás los más representativos, a saber, el papa Alejandro VI, que, aunque español de origen y nacimiento, hemos de considerar, a los efectos, como vinculado a los Estados Pontificios, tan estrechamente implicado, por cierto, en la aventura que comenta esta obra; y María I de Inglaterra. A los dos dedicamos unas breves líneas a continuación.

3.1. EL PAPA ALEJANDRO VI

Rodrigo Borja, más conocido como Rodrigo Borgia, y más aún, por el nombre que elegirá para sentarse en la silla de Pedro, Alejandro VI, nace en Játiva, en la española provincia de Valencia, el 1 de enero de 1431. Son sus padres Jofre Lançol e Isabella Borja, hermana del cardenal Alfonso Borja, que rei-

naría en la silla de Pedro como Calixto III, el cual acoge a su sobrino Rodrigo en la corte papal romana.

Es precisamente su tío Alfonso quien lo envía a estudiar leyes a la Universidad de Bolonia y en 1456, a la edad de veinticinco años, lo ordena cardenal diácono de San Nicolo in Carcere, aunque no se ordene sacerdote hasta doce años más tarde, en 1468. Y es que, por desconocido que pueda resultar, para ser cardenal en la época no era estrictamente necesario estar previamente ordenado. En 1471 es cardenal-obispo de Albano, y luego de Oporto. Y en 1457, es nombrado vicescanciller de la Iglesia Romana, cargo que ocupará durante treinta y cinco años.

Elegante y refinado, de magnífico porte y reconocida inteligencia, el 11 de agosto de 1492, con la requerida mayoría de dos tercios, apenas dos meses antes de que se descubra América, Rodrigo es proclamado Sumo Pontífice, adoptando para reinar el nombre de Alejandro VI. Tiene sesenta y un años, no es por lo tanto un papa joven, pero no será ni mucho menos, un papa de transición.

Por lo que respecta a su gobierno de la ciudad de Roma, limpia las calles de maleantes y dedica tiempo y esfuerzo al embellecimiento de la ciudad, para lo que cuenta con los principales artistas de la época: Pinturicchio, Bramante, etc. Reconstruye la Universidad Romana; se rodea de personas de talla, sintiendo especial predilección por los juristas; desarrolla el gusto por el teatro y por la música.

Su gobierno de las cosas de la Iglesia y de la cristiandad no dejará de rendir interesantes servicios. Defiende a los judíos. Trabaja por la paz entre los reinos cristianos: de hecho, sus bulas *Dudum Siquidem* e *Inter Caetera* evitan el choque entre España y Portugal por los territorios descubiertos en América precisamente durante su papado. Emite un sabio decreto con relación a la censura de libros. Envía a los primeros misioneros al Nuevo Mundo. Y trabaja denodadamente por la consecución de una alianza de los reinos cristianos contra el turco;

una alianza que, sin embargo, aún habrá de esperar todo un siglo para conseguir el gran logro de Lepanto.

En algunos momentos, el sentimiento de culpa le lleva a explorar la posibilidad de abdicar, y hasta redacta numerosos decretos que habrían hecho un gran favor a la tan necesaria y ansiada reforma de la Iglesia, si bien nunca los emite y la reforma habrá de esperar aún más de medio siglo para ver puestos sus cimientos en Trento.

Junto a estos aspectos positivos del papado de Alejandro, una serie de notas lo hacen pasar a la historia, sin embargo, como un pontificado indigno. Y eso que no es, desde luego, el más indigno de los papados, distinción que cabe a tantos de los que se prodigan durante los siglos X y XI y componen lo que se da en llamar el *Seculum Obscurum* o Siglo de Hierro de la Iglesia, e incluso a otros más recientes, pero sí es, por esos caprichos de la Historia, el que termina pasando a la historia como paradigma de corrupto y disipado, algo en lo que tiene mucho que ver lo que justifica su presencia en esta obra, la Leyenda Negra Española.

Entre esos aspectos negativos, el primero, quizás el menos reprochable directamente al papa Borgia, la tensión terrible que caracteriza la vida política romana e italiana, con una serie de príncipes y de cardenales a los que Alejandro ha de combatir por una cuestión rayana en la supervivencia, y todo ello sin olvidar las pretensiones españolas y francesas sobre los territorios del sur de Italia.

Para seguir, la perversión de sus comportamientos en el gobierno de la Iglesia: la acusación de simonía y venta de favores persigue muchos de los actos de Alejandro, desde su posición en la Cancillería, hasta la propia consecución del papado (no en balde, es sobrino de un papa, el ya mencionado Calixto III), sin olvidar los realizados ya en el trono como, solo a modo de ejemplo, la anulación del matrimonio de Luis XII de Francia con Jeanne de Valois para afianzar la neutralidad francesa.

En tercer lugar, la corrupción de costumbres en la corte

papal. Aunque frugal en el yantar y en el beber, sus hábitos son menos edificantes en lo relativo al juego, al dinero y al sexo. Innumerables mujeres calientan el lecho papal: entre todas destaca la veneciana Vanozza Catanei, que le da cuatro hijos: Juan, César, Lucrecia y Jofre. Y todo ello, sin mencionar incestos con sus propios hijos César y Lucrecia, que, sin embargo, más que probablemente, tengan más de leyenda o maledicencia que de historia auténtica.

De estos hijos, dos adquieren particular notoriedad. El primero, César, a quien después de hacer arzobispo de Valencia sin ni siquiera recibir las órdenes —es decir, exactamente igual que él mismo lo había hecho— y sin que este se desplace jamás a la sede del arzobispado —cosas que, dicho sea de paso, no estaban prohibidas en la época—, lo desacraliza luego para casarlo con la hermana del rey de Navarra, Charlotte D'Albret, nombrándolo duque de Romagna, y finalmente, volver a sacralizarlo, nombrándolo Obispo de Pamplona, sede en la que halla la muerte y en la que hoy día está enterrado.

Y tanto como César, la bellísima Lucrecia, a la que Alejandro utiliza como moneda de cambio de su política, casándola y descasándola mediante anulaciones y hasta asesinatos, con los más siniestros personajes de su época: el duque de Sforza, primero; Alfonso de Biseglia, un hijo ilegítimo de Alfonso II de Nápoles, después; el duque de Ferrara, finalmente...

El 6 de agosto de 1503, Alejandro cena en casa del cardenal Adriano da Corneto, donde algo debió de pasar cuando todos los comensales caen víctima de la fiebre romana. Por lo que hace a él, solamente doce días después, el 18 de agosto, se producía su muerte. Tenía setenta y dos años. Ni que decir tiene que las sospechas de envenenamiento inundan el ambiente, y hasta pudo morir por ingerir un veneno «cruzado» no específicamente dirigido contra él.

Descansan sus restos en la iglesia de Santa María de Monserrat de los Españoles, en Roma. Su pontificado había

durado once intensos años y siete días más, y si se ha de hacer un balance de este, tal vez quepa definirlo como «un papado digno llevado a cabo por un papa indigno». «El único Papa que nunca tuvo un apologista», según resume acertadamente Cesare Cantu, no le faltaron enemigos, a todos los cuales humilló, lo que junto a esa leyenda negra que alimenta a todo lo que huele a español y a la que los propios españoles se han mostrado tan afectos, quizás haya contribuido a agigantar los aspectos más réprobos del pontificado del que es el último español hasta la fecha en la silla de Pedro.

3.2. MARÍA I DE INGLATERRA

Uno más de los monarcas Tudor, hasta seis en total (tres reyes y tres reinas), pero la menos querida y la más vituperada de toda la dinastía, siendo así que ni muchísimo menos fue la peor, y más bien fue, si acaso, la mejor... Y desde luego, la que más difícil lo tuvo y la que peor lo pasó: María I, más conocida como «Bloody Mary», «María la Sanguinaria».

Un apelativo, por cierto, el de «Bloody Mary» que, por poco conocido que sea, no le «otorgaron» precisamente sus contemporáneos, sino alguien muy posterior y, evidentemente, no muy afecto a su persona: el escritor protestante inglés del siglo XIX Charles Dickens, que lo hace en su obra *A Child's History of England* (1853), *Una historia de Inglaterra para niños*.

El nombre será atribuido después, por extensión, a un delicioso cóctel más dulce y afrutado que sanguinario, y a un juego infantil según el cual, si se repite tres veces a oscuras ante un espejo la frase «Bloody Mary», al encender la luz aparece en el espejo el rostro de una «Bloody Mary» que, según dicta la leyenda, había matado a todos sus hijos, lo que mal encaja con nuestra reina, cuya fertilidad es más que cuestionable, como veremos.

Por si ello fuera poco, un maravilloso retrato de perfectas hechuras y habilidosa mano, la de Anthony Moor, conocido

en español como Antonio Moro, que cuelga de las paredes de Museo del Prado, nos presenta una mujer adusta, severa y fea, siendo así que María Tudor no fue siempre fea y sí, en cambio, una agraciada jovencita, según demuestran otros retratos anteriores, como el que le hiciera el llamado Maestro Juan en 1544 a sus veintiocho años. Tenía a quién salir, pues su madre, Catalina, gastaba fama en Inglaterra de bella, y así lo dejará por escrito nada menos que todo un santo Tomás Moro.

No es difícil, sin embargo, rastrear el porqué del poco afecto de sus compatriotas a la reina María, hasta el punto de que uno de ellos se permitiera faltarle el respeto en el modo en que lo hizo con el infame apelativo que no se atribuye a casi ningún rey de la historia, ni aún a los que más sangre han hecho correr o más sufrimiento han producido... Cosas de la propaganda, un arte que, como es sobradamente conocido y tan bien demuestra Elvira Roca Barea en su libro *Imperiofobia y leyenda negra*, adquiere carta de naturaleza simultáneamente a la Reforma Protestante. Y la razón de tanta inquina no es otra que la pro-españolidad de la reina.

Para empezar, María es hija de la gran reina de Inglaterra, Catalina de Aragón, española por los cuatro costados, hija de los Reyes Católicos, que, como se sabe, termina sus días repudiada por su marido, el perverso de Enrique VIII, auténtico asesino en serie, un rey que, contrariamente a lo que hacían los de su época, no se contentaba con hacer pasar por su real lecho a cuanta fémina se le encartaba, sino que las hacía pasar también por los altares, y luego, por el patíbulo, una «diversión como otra cualquiera», por decir algo, aunque gracias a Dios, al alcance de muy pocos.

Cuando Catalina de Aragón, por mor de los devaneos amorosos de su perverso marido, cae en desgracia y este la repudia, nuestra María es encerrada por negarse a reconocer, como pretendía encima el uxoricida, que el matrimonio de sus

padres era ilegítimo, y que su propio padre era la cabeza de la Iglesia inglesa.

Por muchas veces que lo pedirá, a María no le será jamás permitido, ni siquiera, visitar a su enferma madre, la cual se morirá sin volver a ver de nuevo a la que era su única y amadísima hija. Tal era la crueldad del déspota.

Maltratada por su padre, María lo será también por su medio hermano una vez rey, Eduardo VI, el hijo del uxoricida y de su tercera esposa, Jane Seymour, cuyo último acto antes de morir de tuberculosis a la edad dieciséis años será, precisamente, intentar desposeerla del derecho que, a pesar de todo, le cabía al trono inglés, para lo cual, en un documento de dudosa legalidad, el imberbe chaval nombra sucesora a una prima, otra pobre desgraciada, más si cabe que María, la joven Jane Grey, a la que «el regalito del primo» le terminará costando la cabeza a los dieciséis años, por desafiar a la legítima reina, María, habiéndolo entendido así, además, entonces, la inmensa mayoría del pueblo inglés.

Por si todo esto fuera poco, María, que habla un correcto español en el que se entendía con su madre, casa con el también español Felipe, nuestro Felipe II, su sobrino segundo, del que caerá perdidamente enamorada, aunque él, mucho más joven, no la va a corresponder con igual pasión.

Ansiosa de proporcionar a Inglaterra un heredero que no solo prolongara la dinastía, sino que garantizara la catolicidad del reino cuando ella faltara, hasta dos veces incurrirá la pobre María en la convicción de estar embarazada, una convicción tan firme, que solo se desvelará falsa cuando supuestamente llevado a término a los nueve meses, la realidad demuestre que tal embarazo nunca había sido tal, y que el vientre de María estaba vacío, con la consiguiente decepción de la embarazada, y el no menos consiguiente embarazo, ahora sí real (real por perteneciente a la realidad, real por perteneciente a la realeza), que tal situación le habría de producir ante la corte y ante su propio pueblo.

María no cederá jamás en su fe católica, a la que no renunciará ni aún en los peores momentos que su profesión le implica, y en su breve reinado de cinco años, devolverá a Inglaterra a la obediencia romana, en lo que termina de ganarle la antipatía no tanto de sus contemporáneos ingleses —la mayoría de los cuales veía con agrado el retorno a la fe tradicional que profesaban desde su definitiva evangelización en el siglo VI por mor de los desvelos del gran san Agustín de Canterbury—, sino, sobre todo, de las generaciones que vendrán después, tan familiarizadas con la fe anglicana como adoctrinadas en el odio a Roma y por ende al catolicismo, lo que hará posible que sea un escritor tres siglos posterior a ella el que la «adorne» con el apelativo por el que la pobre reina católica de Inglaterra será conocida en todos los libros de historia, como si siempre hubiera sido llamada así, y sin que nadie se pregunte qué es aquello que hizo y hace de ella una reina más sanguinaria que su pervertido padre uxoricida, que su medio hermano que la precede en el trono, o que su medio hermana que la sucederá en él, salvo el hecho de ser la única católica de todos ellos.

Hija de Catalina de Aragón, esposa de Felipe II, perfecta hispanohablante, católica ferviente, aliada y amiga de esa España que el protestantismo inglés percibe —porque lo es— como el gran adalid del catolicismo y su íntima enemiga... Demasiado para las entendederas de una nación, la inglesa, la británica, adoctrinada desde muchos siglos en el odio a Roma, al catolicismo y a España...

Una protuberancia, pues, la pobre María, en este caso inglesa, de la terrible Leyenda Negra que se cierne sobre España.

4. CONSECUENCIAS DE LA ACEPTACIÓN POR LOS ESPAÑOLES DE SU LEYENDA NEGRA

Que exista una Leyenda Negra Española la cual afecta a la práctica totalidad de sus realizaciones a lo largo del tiempo no es algo, pues, ni original, ni exclusivo de la historia de España. Por no ser, ni siquiera es algo que debiera preocupar excesivamente a los españoles. Diría que, en realidad, es algo de lo que debemos estar no solo satisfechos, sino hasta orgullosos, pues no tendríamos semejante leyenda negra de no haber sido España, y los españoles, uno de los grandes agentes constructores de la historia, como de hecho lo somos junto a Italia, Francia, Inglaterra (y ese bastardillo inglés que son los Estados Unidos) o China. Países, culturas, civilizaciones, todos los cuáles tienen también su Leyenda Negra, qué duda cabe.

Una cosa, sin embargo, sí individualiza, como se ha dicho, a la Leyenda Negra Española frente a cualquiera otra de las que se ha construido en torno a los demás grandes protagonistas de la Historia: la extraña e insólita buena acogida que le han dado sus supuestos damnificados, en este caso, los propios españoles, que la hemos aceptado sin rechistar, incluso entusiastas, hasta convirtiéndonos, por veces, en los principales valedores de la misma.

«Bueno, ¿y qué? Aceptamos nuestra Leyenda Negra y se acabó. Somos así, no pasa nada», podría argumentarse.

Pues no, sí que pasa, ya lo creo que pasa. Este comportamiento de serena y complaciente autoaceptación de todo lo malo que por ahí se dice de nosotros, aunque no se corresponda con la realidad, tiene para los españoles, tanto a nivel individual como colectivo, penosas consecuencias que afectan a tantas parcelas de su vida privada y cotidiana. Nos hace inseguros. Nos lleva a un complejo de inferioridad frente a personas con otra nacionalidad. Nos invita a despreciar a nuestros compatriotas, y lo que casi es peor, a nosotros mismos. Nos

conduce a hacer interpretaciones erróneas de nuestra historia que implican soluciones desafortunadas para nuestros problemas. Por llevar, nos lleva incluso a un enfrentamiento cierto y profundo entre los que tienen de España una visión medianamente positiva, y aquéllos que, consumidores compulsivos de leyenda negra, tienen de ella una visión muy negativa y poco amable, con realizaciones muy destructivas que se relacionan estrechamente con la visión que cada uno de esos grupos tiene de la patria común.

Los españoles tenemos un desconocimiento de nuestra historia que cabe definir como atroz, aterrador. Si la conociéramos mejor, nos querríamos más unos españoles a otros, y lo que es aún más importante, cada español a sí mismo.

No tenemos cualquier nacionalidad, aunque a muchos se lo pueda parecer. Tenemos una de las más grandes nacionalidades de la historia, quién sabe si, quizás, la más grande.

5. AUTORES EXTRANJEROS CONTRA LA LEYENDA NEGRA

Si ya hemos visto que la Leyenda Negra ha sido particular y llamativamente bien aceptada por los españoles con todos los perjuicios que ello ha traído y trae para su convivencia, ello no debe nublar nos la vista sobre el hecho, no menos cierto, de que son muchos los escritores, intelectuales e historiadores extranjeros que, separándose de ella, han realizado afirmaciones muy positivas sobre lo que fue la gran labor española en la historia de los hechos cuyo análisis competen a esta obra.

Uno de los primeros en destacar la gran obra que España lleva a cabo en América es el inglés Erasmus Darwin (1731-1802), médico y filósofo, abuelo del famoso Charles Darwin de *La evolución de las especies*, quien escribe:

«En mis viajes por el inabarcable imperio español, he quedado admirado de cómo los españoles tratan a los indios, como a semejantes, incluso formando familias mestizas y creando para ellos hospitales y universidades. He conocido alcaldes y obispos indígenas y hasta militares, lo que redundo en la paz social, bienestar y felicidad general que ya quisiéramos para nosotros en los territorios que, con tanto esfuerzo, les vamos arrebatando».

A Charles Darwin no le duelen prendas comparar el modelo de colonización español con el británico:

«Sus señorías deberían considerar la política de despoblación y exterminio [que practica Inglaterra], ya que, a todas luces, la fe y la inteligencia españolas están construyendo, no como nosotros, un imperio de muerte, sino una sociedad civilizada que finalmente terminará por imponerse como por mandato divino. España es la sabia Grecia, la imperial Roma; Inglaterra, el corsario turco».

No se muestra menos entusiasta quien es uno de los grandes intelectuales del siglo XIX, el geógrafo y antropólogo prusiano Alexander von Humboldt (1769-1859), que no tiene el menor empacho en afirmar:

«La Humanidad debe gratitud eterna a la Monarquía española, pues la multitud de expediciones científicas que ha financiado ha hecho posible la extensión de los conocimientos geográficos».

Von Humboldt pone el acento sobre el desarrollo demográfico indígena en América:

«Por virtud de un prejuicio muy generalizado en Europa hay la creencia de que se han conservado muy pocos indígenas de tinte cobrizo... En la Nueva España, el número de indígenas se eleva a dos millones, contando solo los que no tienen mezcla de sangre europea [mestizos]».

Un dato bien revelador llama poderosamente la atención de Von Humboldt sobre la obra española en América:

«¡Esto debe saberse en Europa! Los mineros de la Nueva España son los mejor pagados del mundo, reciben de seis a siete veces más salario por su labor que un minero alemán».

Pero si en algún momento Von Humboldt se muestra particularmente descriptivo sobre los hechos, es cuando afirma:

«Los monarcas de España, tomando el título de Reyes de las Indias, han considerado estas provincias lejanas más bien como partes integrantes de su monarquía, y como provincias dependientes de la Corona de Castilla, y no como colonias en el sentido que, desde el siglo XVI, ha significado esta voz para el resto de los pueblos de Europa».

Si hay un admirador de la obra española en América, y más concretamente en Norteamérica, ese no es otro que el norteamericano Charles F. Lummis (1854-1928), autor de la obra *The Spanish pioneers (Los pioneros españoles)*, en la que define el descubrimiento de América como «el más importante y pasmoso descubrimiento que registra la historia de la Humanidad».

Después de abandonar sus estudios en Harvard para visitar el oeste colonizado por España, pero ya en manos norteamericanas, Lummis cambia completamente su punto inicial de vista sobre unos indios norteamericanos a los que se encuentra bautizados, capacitados de hablar un correcto español y con una formación inmensamente superior a la que esperaba encontrar, capaces incluso de construir catedrales.

Esto deja escrito sobre el descubrimiento de América por los españoles y su labor en el Nuevo Mundo:

«Era lógico pensar que la magnitud de ese descubrimiento conmovería por igual la inteligencia de todas las naciones civilizadas, y que todas ellas se lanzarían con igual entusiasmo a sacar

provecho de lo mucho que entrañaba ese evento en beneficio del género humano. Sin embargo, no fue así. El espíritu de empresa de todo un continente se concentró en una nación que no era, por cierto, ni la más rica ni la más fuerte [España]».

Tampoco a él le duelen prendas comparar la labor española con la realizada por otros pueblos blancos, en este caso, sus propios compatriotas norteamericanos:

«Los españoles no exterminaron a ninguna nación aborigen, como sí exterminaron docenas de ellas nuestros antepasados los ingleses».

Y ellos mismos, por cierto.

También entre los historiadores contemporáneos pervive ese sentimiento que no es precisamente el que alimenta la Leyenda Negra Española. El británico John Elliot (1931), autor por ejemplo de la obra *La España Imperial*, destaca:

«Como suele pasar en cada conquista, hubo muchas atrocidades, mucha crueldad. Pero también hubo un empeño de la Corona y la Iglesia en proteger a los indios».

Y cree conocer el origen de la Leyenda Negra Española, aunque en eso yerre, porque el origen no es una única fuente:

«La leyenda negra es el resultado de lo que pasó y de la publicidad del libro de Bartolomé de las Casas sobre la destrucción de las Indias».

El hispanista norteamericano Stanley G. Payne (1934) lo tiene también muy claro:

«El mundo le debe a España la extensión de la cultura occidental en su versión española al resto del mundo a partir del Descubrimiento de América».

Pero si hay un historiador contemporáneo entusiasta de la obra española en América, ese es el británico Robert Goodwin, quien reconoce:

«En el siglo XVI, en el inicio de la época moderna, cuando aún no había llegado la Ilustración, cuando Europa no tenía todavía dos o tres siglos de desarrollo intelectual a sus espaldas, españoles importantes y con influencia, como Francisco de Vitoria, Bartolomé de las Casas, toda la Escuela de Salamanca, preguntaban cuáles serían las cuestiones morales y legales que deberían reglar todo el proceso del imperialismo, del colonialismo. Eso es impresionante».

Para finalmente sentenciar:

«Con una historia así de impresionante hay muchísimos motivos para estar orgulloso de ser español. Vamos, hay muchos más motivos para estar orgulloso de ser español, que de ser británico, o incluso francés».



Cristóbal Colón mostrando sus proyectos al Consejo de Salamanca y su tesis de que la tierra era redonda. Creado por Colin, publicado en *Magasin Pittoresque*, París, 1843.